

SICOFONÍAS

En 1950, en una aldea muy pequeña llamada Micronesia, vivían dos chicos muy amigos llamados Leo y Alex. Leo tenía 17 años y Alex 15 recién cumplidos.

Leo y Alex eran amigos desde muy pequeños. Alex quedó huérfano a los 8 años y, desde entonces, fue a vivir con Leo y con la abuela de Leo. La abuela de Leo era muy buena persona, aunque estuviera un poco loca.

Una noche de mucho viento y lluvia, Alex, Leo y Sofía, que era la abuela, estaban viendo la televisión en el salón. La casa donde vivían era muy vieja y apenas tenían para comer... Era una noche de mucha lluvia y era peligroso estar en casa. Cerca de la casa de Alex había una pequeña casa más segura. Tenían pensando ir a esa casa, pero antes tenían que avisar al detective de Micronesia.

Fueron al cuartel del detective, con las maletas y todo. Cuando llegaron al cuartel, muy educadamente, le dijo Sofía al detective:

-Buenas noches, Señor detective. Siento mucho molestarle a estas horas, pero es que llueve mucho y no es seguro estar en mi casa con mis chicos. Quería ocupar la casa que está cerca del Río, allí podemos estar más seguros por esta noche.

-Buenas noches, Señora Sofía. No se preocupe, como bien sabe es mi deber ayudar a los habitantes de Micronesia. Sabéis que no hay ningún problema en que ocupéis la casa, pero... Yo les aviso que arriba de esa casa hubo, hace mucho tiempo, un manicomio, y quedan restos de cosas que pertenecían al manicomio. Tened mucho cuidado.

Después de hablar con el detective, cogieron las cosas y se marcharon los tres rápidamente... Cuando llegaron a la casa, estaba todo muy oscuro y tenían mucho miedo. Se cambiaron de ropa y fueron a cenar. ¡Tenían muchísima hambre! Sofía, la abuela, les preparó unos ricos frijoles.

Al acabar de cenar, fueron a las habitaciones para mirar dónde dormir. En la casa había unas 15 habitaciones. ¡Era una casa inmensa! De las 15 habitaciones solo 2 estaban en buen estado. Al cabo de un rato los tres decidieron dormir juntos en una habitación, por si pasaba algo.

A los 10 minutos de haberse quedado dormidos, Leo escuchó un ruido algo extraño... Quiso seguir durmiendo, pero no pudo. Se escuchaban como voces. Se levantó y se dirigió al desván, que era de donde venía el sonido. Al tiempo que iba subiendo las escaleras, le temblaban las piernas y tenía el corazón casi en la punta de la lengua, tenía muchísimo miedo. Las escaleras crujían al paso que iba subiendo.

Cuando llegó al desván había muchísimas cosas, la mayoría estaban en mal estado. No quiso tocar nada, simplemente quería saber de dónde venía el ruido. No encontró nada, aún así siguió buscando. Al cabo de 10 minutos buscando, encontró una vieja grabadora llena de polvo. A Leo le encantaban las

grabadoras, siempre decía que una grabadora es muy útil para grabar cosas y que ahí siempre quedarían buenos y malos recuerdos. La recogió del suelo y la limpió. Tenía mucha curiosidad en saber qué estaba grabado. La encendió y con muchas ansias esperó a que cargase. Una vez cargada, empezaron a reproducirse muchísimas voces, en las que había una mujer, un hombre y dos niños. Por lo que estaba escuchando Leo, uno de los niños decía: “¡Papá, por favor, no le pegues!”. Por detrás de lo que decía el niño, se escuchaban llantos. Se escuchaba el padre diciendo: “Le pegaré, se lo merece”. Los niños, hundidos en llantos, le suplicaban a su padre que no le pegara a su madre. A la mujer, entre tantos llantos, sólo se le escuchaban sus gritos.

Leo, desesperado y muy sorprendido, apagó la grabadora. Quiso pensar, asumir lo que acababa de escuchar, no sabía qué pensar, ni qué hacer. La verdad es que ya no podía hacer nada, se suponía que esas personas ya estaban muertas, lo que estaba escuchando eran sicofonías. En ese momento debería avisar a su abuela y a Alex, pero no quiso despertarles. La volvió a encender y siguió escuchando...

Se escuchó a la mujer que le decía a gritos al hombre: “Sabes que no estás haciendo bien. ¡Estás loco! ¿Qué te pasa? No te reconozco, tú no eres Manuel!” Leo trataba de escuchar lo mejor posible, pero el sonido no estaba bien. Al acabar de decir eso la mujer, escuchó unos golpes, y los niños diciendo: “Papá, no, no lo hagas. No nos hagas daño”. Por detrás, se escuchaban los llantos de la mujer, suplicándole que a sus hijos no les hiciese daño, que prefería que la matase a ella.

Leo no quiso escuchar más, dejó la grabadora donde estaba y bajó. Cuando entró en la habitación, la abuela se despertó. Leo, un poco trabado, le dijo:

-Abuela, no te preocupes, todo está bien, sólo fui a por un vaso de leche a la cocina, me dolía el estómago.

Enseguida se quedó dormido, pero no podía sacarse las voces, llantos y golpes de la cabeza. Se despertó llorando, sudando y casi sin poder respirar. Desde entonces, no pudo dormir más. Estaba pensando en todo lo que había escuchado, sobre todo si esas personas estaban muertas. Estuvo toda la noche despierto.

Al día siguiente, miró por la ventana y hacía un buen día. Leo estuvo pensando toda la noche y decidió ir a la policía... Si no lo hacía, no iba a poder estar tranquilo. Desayunó y les dijo a la abuela y a Alex que había quedado con unos amigos, que pronto vendría. No les quiso decir nada relacionado con lo que había escuchado por la noche. Con mucha prisa iba andando hacia la policía. En el camino estaba pensando qué decir, pero lo sabía realmente. Cuando llegó, enseguida le preguntaron:

- Buenos días, joven. ¿Qué desea?
- Buenos días, señor. Verá, no sé muy bien si estoy haciendo bien en venir.

- No se preocupe, joven. Aquí estamos para ayudar y si es un error venir, pues no pasa nada, aprenderás de ese error.
- Mmm... No sé cómo explicárselo, señor.
- Explíquelo como mejor sepa, lo entenderemos
- Ayer por la noche llovía mucho. Entonces mi abuela, Alex y yo fuimos al cuartel del detective de Micronesia, para avisarle que íbamos a ocupar la casa que está al lado del Río, porque nuestra casa no es muy segura cuando hace mucho viento y llueve mucho.
- Por ahora le estamos entendiendo perfectamente. Siga, por favor.
- A ver, cuando fuimos todos para cama y estábamos dormidos, yo escuché un ruido muy extraño, que venía del desván. Decidí subir para averiguar qué era. cuando llego al desván, había muchísimas cosas que pertenecían al manicomio. no perdí tiempo y seguí buscando. Llevaba 10 minutos más o menos buscando y encontré una grabadora, donde se escuchaban llantos, gritos y voces.

Los policías, no muy sorprendidos, le explicaron con mucha calma:

-Joven, usted sabe que allí había un manicomio hace tiempo. En el manicomio estaba internado un hombre llamado Manuel García. Manuel, desde muy pequeño, veía como su padre le pegaba a su madre, algo que lo dejó completamente loco con el paso del tiempo. Hubo un tiempo en que Manuel estuvo en terapia, y le había ayudado mucho... En ese tiempo se casó y tuvo dos niños, uno tenía 5 años y el mayor 8. Estuvieron un tiempo perfectamente, hasta que un día su mujer le preguntó sobre lo que le hacía su padre a su madre. Él nunca quiso recordar. Una vez que se lo recordaban, no podía dejar de pensar en eso. Él le dijo a su mujer que prefería no hablar, que no le hacía bien. Lo que no sabía su mujer es que él había estado en terapia y que no le hacía bien recordar eso. Ella era una mujer muy terca y siempre insistía en todo, lo quería saber todo. Él, desde ese día, volvió con los problemas. No quiso comentárselo a su mujer, tenía miedo a que eso afectara a su matrimonio. Pasado un tiempo, Manuel cada día estaba peor, y no recurría a ningún tipo de ayudar por miedo a todo. Por las noches no era capaz de dormir, pensando y soñando todo lo malo que le hizo su padre a su madre. Con el paso del tiempo, Manuel se puso peor... Hasta que su mujer, cansada, sin preguntarle qué le pasaba, decidió meterlo en un manicomio. La mujer llegó a la conclusión de que su marido estaba muy loco, que cada vez estaba peor y que no podía vivir así con ella y con los niños. Al final Manuel fue internado en el manicomio, no protestó, sabía que le hacía falta. Con mucho dolor de dejar a su querida esposa y a sus hijos, se marchó. A los 3 años, su mujer decidió ir con los niños para saber algo de él, ya que en esos 3 últimos años no sabían si Manuel estaba bien. Llegaron al manicomio los 3, la mujer y los dos niños. Los niños ya estaban grandes y podían entender perfectamente qué estaba pasando. Al llegar al manicomio, fueron los cuatro a una habitación. Manuel estaba irreconocible, estaba peor... La mujer en todo momento tuvo mucho miedo, pero no quiso decir nada. Haría que Manuel se sintiera mal. Manuel en ese

momento volvió a recordar lo que había pasado y empezó a insultar a su esposa, acabó pegándole y a los niños también. Les hizo mucho daño, hasta que los mató.

Fabiola Morón (1º ESO –B-)